

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO L

LAS CUATRO ÉPOCAS
(SOULIÉ.)

~~~~~  
TOMO CUARTO.

LOS ROMANOS.  
(Conclusion.)

LOS CRISTIANOS.

---

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,  
calle de Leganitos, 18, 2.º

1879.



## LOS ROMANOS.

(CONCLUSION.)

### V.

Mientras ocurrían todos estos acontecimientos en el palacio del Duunviro, y en tanto que los que en él se encontraban aprisionados se consideraban completamente perdidos, un joven, un niño, Cneyo, intentaba la salvación de todos.

Dejamos al hijo de Silano en el momento de haber penetrado en aquel palacio, donde procuró ocultarse, desapareciendo á las miradas de todo el mundo. Cneyo no podía prever ni adivinar nada de lo que iba á suceder, y por consiguiente, eso no habia influido poco ni mucho en sus planes. Probablemente un sentimiento de cólerica venganza, que fácilmente se explica despues de la vergonzosa infamia con que se le habia deshonrado, le indujo á ocultarse con siniestras intenciones, y quizás al día siguiente hubiera sido encontrado Bíbulo en su lecho cosido á puñaladas,



ofreciendo así los sucesos la demostracion sangrienta del tribunal á que tenian necesidad de apelar los ciudadanos atropellados que no estaban protegidos por las leyes.

Cneyo, aprovechándose del tumulto y de la confusion que reinaba en el palacio de Bibulo, se habia retirado á uno de los sitios más solitarios y apartados del edificio, y así fué como, con gran sorpresa suya, en medio de una profunda oscuridad, vió abrirse en el muro una puerta secreta que comunicaba con el exterior y penetrar por ella una mujer que conducia y guiaba á un hombre, llamando la atencion del jóven las precauciones y misterios de aquel incidente.

—Es esta la casa de tu hermosa dueña?—dijo aquel hombre.

—Esta es;—respondió la esclava que le guiaba—pero guarda silencio y conserva bien en la memoria el camino por donde yo te conduzca; porque es necesario que vuelvas para salir por aquí mismo, despues que hayas sido el más afortunado de los hombres.

Al escuchar Cneyo la advertencia que Psychea le hacia al gladiador, resolvió aceptarla en su propio provecho y siguió los pasos de Asclytio, á quien precedia la esclava. Quizás hubiera sido descubierto Cne-

yo por el ruido de sus pasos si Asclytio hubiera guardado silencio como le habia prevenido su cómplice; pero en vez de hacerlo así continuó interrogándola en esta forma:

—No puedes todavía decirme quién es la bella dama que ha de hacerme el más afortunado de los hombres?

—Es inútil que lo sepas hoy, ni mañana, ni nunca. Yo supongo que tú debes estar muy acostumbrado á esta clase de aventuras y que no tengo necesidad de advertirte que si alguna vez volvieras á ver á mi dueña en una lujosa litera, has de tener la prudencia de no reconocerla, y que, aún en el caso de que te dejes dominar por la contemplacion de su hermosura, esto debes hacerlo como un hombre que la viera por primera vez.

—Si yo te hago estas preguntas es porque desde que puse los piés en esta ciudad he oido celebrar la belleza de muchas damas, y muy especialmente la de una llamada Silia, que no se priva de ninguna clase de placeres.

Cneyo se estremeció al oir aquellas frases, y su mano fué maquinalmente á buscar el puñal que llevaba en el cinto; pero se contuvo y continuó escuchando, á pesar suyo, la conversacion del gladiador y de la esclava



—Y por qué has de preferir tú los favores de Silia á los de otra cualquiera dama?—preguntóle Psichea.

—Porque dicen que el Duunviro está perdidamente enamorado de esa mujer, y yo consideraria halagada mi vanidad siendo el rival de un personaje tan poderoso.

Psichea dejó escapar una ligera sonrisa y contestó maliciosamente:

—Pues ¿quién sabe si lograrás esa dicha antes de lo que tú esperes?

Asclytio no pudo comprender el verdadero sentido de la respuesta de Psichea, y replicó vivamente:

—¿Será posible? ¿Estamos en la casa de Silia?

Psichea consideró conveniente dejarle en aquella incertidumbre, y replicó:

—No puedo decirte otra cosa más, sino que los dioses te protegen para el cumplimiento de tus deseos.

En aquel momento llegaron á la puerta secreta de la cámara de Fortunata, y Asclytio y la esclava penetraron por ella.

La sencillez é inocencia del joven Cneyo se habian sublevado contra la depravacion de costumbres que acusaban en la dueña de aquel palacio las palabras de su esclava; pero su indignacion cedió á su dolor al escuchar envilecido el nombre de su madre y rebajada ésta al infame nivel

de aquella otra dama. En el concepto de Cneyo su madre estaba ciertamente inocente de la prostitucion que presenciaba; pero no podia dudar, porque lo habia oido, que se la juzgaba capaz de ella; y el hijo consideraba esa opinion de sospecha tan perjudicial á su honra y á la de Silia, como el mismo vicio que la originára. Este sentimiento le hizo permanecer en aquel sitio, aplicando cautelosamente el oido á la puerta por donde habian entrado Asclytio y Psichea, y allí procuraba contener la respiracion para poder escuchar cuanto se hablase en el interior de aquella estancia, hasta que una horrible sospecha vino á herir el corazon del joven. Cneyo sabía que se encontraba en el palacio de Bibulo; pero sabía tambien que Silia estaba precisamente allí en aquellos momentos, no era tan ignorante de la corrupcion de las costumbres que no conociese las complacencias y complicidades que se dispensaban las damas unas á otras en aquella época, y se estremecia de horror ante la idea de que fuese quizás su misma madre la que iba á presentarse en la alcoba de Fortunata. Ademas Cneyo experimentaba los tormentos de una ansiedad y de una incertidumbre aún más cruel; porque no pudiendo penetrar su vista el interior de aquel departame



conociendo ni la voz de Fortunata ni la de Silia, ninguna seguridad podia tener, en efecto, de que no fuese su madre la que hubiera de acudir á la tal cita.

La pesadumbre de aquellos horribles pensamientos oprimió de tal manera el corazon del pobre jóven, que casi estaba á punto de sucumbir á su dolor, cuando llegó á sus oidos distintamente el ruido de los preparativos de una merienda, y escuchó perfectamente á Psichea recomendar á Asclytio que hiciese los honores á aquellas viandas y manjares, en tanto que su dueña tenía ocasion oportuna y justificada de abandonar la sala de un festin, donde la obligaba á detenerse la presencia de muchos convidados.

A veces las palabras de Psichea tenían para Cneyo una explicacion y á veces otro sentido, hasta que por último la llegada de Fortunata puso término terrible á su ansiedad y á sus incertidumbres. Aquella mujer, sabedora por Psichea del engaño ó falsa creencia de Asclytio, habia calculado que esta circunstancia podria aprovecharla, no sólo para comprometer á una rival odiosa, sino para garantir su propia seguridad. Así, pues, desde las primeras palabras que pronunció Fortunata, para contestar á los exagerados cumplimientos y obligados requiebros del gladiador, pro-

curó dar á entender que se encontraba en una casa extraña y que tenía que estar agradecida á los favores y á la amistad de la dueña de aquel palacio, por el placer que le proporcionaba protegiendo su entrevista con el hermoso Asclytio.

—¿Por qué secreta entrada te han conducido hasta aquí, sin ser visto de nadie? ¡Oh! quién tuviera una morada como esta para poder gozar con más facilidad los inefables placeres del amor!

Cneyo quedó petrificado al escuchar aquellas palabras, con la amorosa respuesta que recibieron y con el significativo silencio que reinó despues. En el primer momento, dominado por la cólera, quiso hacer pedazos aquella puerta para castigar tan abominable corrupcion; pero se contuvo ante la horrible idea de sorprender á su propia madre en los brazos de un gladiador. Sofocado por la vergüenza, oprimido el corazon por el dolor, ahogado por amargas lágrimas y herido en los más delicados sentimientos del honor y del cariño filial, cayó al fin desvanecido y casi sin conocimiento sobre el dintel de aquella puerta, olvidando su propia afrenta para pensar en su deshonra, y permaneciendo allí anonadado y abatido sin el deseo de escuchar nada más y sin el valor necesario para huir.



Cneyo no pudo darse cuenta del tiempo que había permanecido en aquel estado, y cuando recobró sus sentidos pudo escuchar las mismas voces que habían hablado ántes, aunque ya entonces la conversacion tenía otro carácter y expresion. Asclytio hablaba en voz alta, no obstante las advertencias y recomendaciones de la mujer que estaba en su compañía; y sus palabras entrecortadas y apenas inteligibles demostraban muy claramente que aquel hombre se hallaba en un estado de completa embriaguez.

—Sí, hermosa Silia — gritaba — yo te libentaré esta misma noche de ese insopor-  
table Duunviro; y puesto que tú le odias, según dices, ésta será una doble razon para que yo le mate.

El temblor de la voz que contestaba á esas frases manifestaba una emocion bien distinta de la que ántes agitaba á aquella misma mujer, y se comprendia que la que interrogaba tenía un grandísimo interes en las revelaciones del gladiador. Aun el mismo Cneyo, al oír hablar de la muerte del Duunviro, prestó una gran atencion; y así descubrió y llegó á saber, al mismo tiempo que Fortunata, la conspiracion que se fraguaba y cómo los gladiadores debían asaltar aquella noche el palacio de Bibulo, y asesinar á éste y á todos los magistrados

y magnates que encontrasen en él. Cneyo quedó admirado al sorprender aquella confidencia que se escapaba de la borrachera de Asclytio, á quien las caricias de Fortunata procuraban seducir para obtener todos los pormenores del complot, como lo hubiera conseguido, si en aquel momento no se hubiera presentado el esclavo que, según pudo escuchar Cneyo, venía á prevenir á Fortunata de la llegada de su esposo.

Aunque todavía Cneyo no oyó pronunciar ningun nombre, este aviso, sin embargo, fué muy suficiente para hacerle comprender que no era su madre la envilecida mujer que se había dado á un miserable gladiador, porque Silia no tenía allí esposo que la persiguiera ni á quien temer. Así, pues, queriendo el jóven empezar á vengarse de aquella mujer infame que había tenido la osadía de usurpar el nombre de su madre para deshonorarlo, sujetó el pestillo de la puerta y opuso todas sus fuerzas para impedir que Asclytie pudiera abrirla, cuando éste se afanaba en vano para escapar por ella.

Persuadido Cneyo de que mientras durase el desórden que iba á producirse en el palacio, no había un sitio más seguro que el que él ocupaba, resolvió permanecer allí para conocer el resultado de aque-



lla extraordinaria aventura, y así fué como pudo escuchar con asombro el sesgo que la audacia de Fortunata supo dar á su entrevista con Asclytio; se enteró de la llegada de Vindex y de las órdenes de que era portador, y oyó la del arresto de Sílvia y luégo la del de Fausto, Asclytio y Vindex. El jóven permaneció al lado de la puerta hasta el momento en que éstos quedaron solos, esperando poderles proporcionar la evasión por aquella salida; pero en el instante de ir á abrir la puerta oyó el ruido de unos pasos por el *corredor* secreto que á ella conducía, y supuso que la misma Fortunata, ó su esposo Bíbulo, era quien se acercaba para guardarla como todas las demas. Ya era imposible que escapasen por allí, y no queriendo dejarse sorprender en el sitio que ocupaba, marchó resueltamente en la misma direccion que traian los que se le aproximaban, y merced á la profunda oscuridad, se tendió á lo largo del muro y dejó pasar á Fortunata (porque era ella misma) y á los esclavos que la acompañaban. Cneyo no quiso esperar el regreso de la mujer de Bíbulo, y cuando ésta se hubo alejado, incorporóse, siguió el camino por donde había sido introducido Asclytio, y abandonó el palacio del Duunviro.

Desde el momento que se vió al aire li-

bre empezó á calcular de qué medios podría valerse para salvar los peligros que amenazaban á él, á su familia y á aquellos á quienes debía considerar como sus amigos. Al pronto pensó dirigirse á los gladiadores; pero reflexionó que aquellos hombres, que no le conocian, se negarian probablemente á seguirle, y que aunque en ello consintieran, el auxilio de esta gente, por más que fuera suficiente para lograrlo todo por medio de una sorpresa, sería inútil é ineficaz en aquellas circunstancias; porque avisado y prevenido el Duunviro, estaria seguramente preparado para defender y rechazar todo ataque que se intentase contra su palacio.

En aquel caso no quedaba á Cneyo otro recurso que dirigirse á los soldados de Fausto y hacerles un llamamiento, excitándoles para que acudiesen á libertar al tribuno; pero ¿qué influencia podría tener él, jóven desconocido, sobre una legion acostumbrada ya á la obediencia de un jefe, ya á la de otro, sin demostrar el menor sentimiento por el frecuente cambio de sus superiores?

Por otra parte, pensaba Cneyo que Fausto tendria en la ciudad verdaderos y leales amigos, que sin duda hubieran intentado cualquiera empresa para salvarle;



pero ¿quiénes eran esos amigos y dónde encontrarles?

Con todo su pensamiento puesto en estas ideas se dirigió velozmente Cneyo á la morada de Fausto para reunirse con su hermana Chrysis, y para consultar con el jefe de los esclavos del tribuno, ó con cualquiera otra persona que le ayudase en la salvacion de los prisioneros.

Una desgracia más terrible aún que las que pesaban sobre el jóven le aguardaba en casa de Fausto, al saber que no se encontraba en ella su querida hermana. El conserje ó mayordomo le refirió que próximamente una hora despues de su salida con Eumolpe habia éste vuelto y se habia llevado á la jóven. Cneyo preguntó entonces si sabian á donde podria haberla conducido el poeta, y el esclavo no supo decirle otra cosa más, sino que habia oido á Eumolpe decir á Chrysis:

—Daos prisa y venid conmigo, que vuestra madre os espera.

Que Eumolpe hubiera podido avistarse con Silia, y que ésta, sabiendo que sus hijos se encontraban en Nemausus, manifestase deseos de que inmediatamente se los condujesen á su presencia, no era una cosa extraña ni imposible; pero Cneyo acababa de salir del palacio de Bibulo, donde

quedaba Silia, y donde ésta, al parecer, habia tenido la primera noticia de la muerte de su esposo y de la huida de sus hijos. Un amargo presentimiento oprimió el corazon del jóven, que no podia explicarse aquel raro incidente sino como una nueva y horrible desgracia.

Dominado por el terror, ante la idea de los peligros que cercaban á su hermana, puesta en las manos de un hombre como Eumolpe, no quiso detenerse un momento, y sólo tuvo tiempo de decir al esclavo que su señor habia sido arrestado por mandato del Duunviro, que se encontraba aprisionado en el palacio de Bibulo, y que consideraba seriamente amenazada la vida de Fausto. En vano intentó el esclavo obtener de Cneyo más detalles ni explicaciones: el jóven no hizo caso de sus gritos, y voló en busca de la casa de su madre, para ver si en efecto se encontraba en ella su hermana.

La noche era oscura por todo extremo, y si Cneyo pudo fácilmente reconocer el camino desde el palacio del Duunviro á la casa de Fausto, porque ántes habia ido desde ésta á aquél, no le sucedió de igual suerte cuando quiso recordar el de la morada de Silia. Corria desesperado como un insensato por las tenebrosas y desiertas calles de la ciudad, buscando en vano por todas partes aquella puerta maternal de



donde habia sido rechazado, y que no podia encontrar. Por último, rendido de cansancio y de fatiga, se dejó caer sobre un banco de piedra que habia próximo á un portal, y procuró reponerse y recobrar fuerzas, para coordinar sus ideas y tomar una determinacion.

En aquel momento de descanso pudo reflexionar con cuánta imprevision y ligereza se habia conducido. Era indudable que si hubiera pedido un guía al esclavo de Fausto, aquel mismo le hubiera servido ó le hubiera proporcionado otro que le acompañase. Parecia, pues, lo más prudente volver á la casa de Fausto; pero despues de haberse alejado de ella le era tan difícil volver como dar con la casa de Silia. El desaliento parecia que iba á apoderarse de Cneyo; pero el jóven tuvo la suficiente fuerza de voluntad para no abandonarse á su desesperacion y para pensar lo que debia hacer en aquellas circunstancias. Si hubiera encontrado alguna persona le hubiera preguntado por dónde podia ir á la casa de Silia; pero ya era una hora en que no transitaba nadie por las calles. Tambien, si tan siquiera hubiese visto abierta una sola puerta de una casa cualquiera, es seguro que hubiera podido impetrar el auxilio de algun ciudadano; pero todas las puertas estaban cerradas, y por

todas partes reinaba el más profundo silencio. Sin embargo, sin desechar este último pensamiento, como el único recurso que le quedaba, se puso á caminar con paso lento y silencioso, aplicando el oido en todas las puertas, por si escuchaba en alguna el menor rumor ó ruido interior que le permitiese llamar en ella y solicitar los informes que necesitaba. Ya habia recorrido una gran parte de la calle donde se encontraba, cuando llegaron á sus oidos las voces y la algazara de una lejana y alegre reunion. Cneyo corrió en direccion de aquel estrépito, que tan pronto aumentaba y crecia con violencia, como se perdía en el espacio, cual eco de un sordo y confuso rumor. Por último, despues de mil detenciones indagadoras, llegó ante la puerta de la casa en que se le habia figurado oir varios gritos mezclados con risas desordenadas y escandalosas; pero á su llegada todo habia quedado en el más profundo silencio, y no pudo percibir más que los misteriosos pasos de algunas personas, que parecian ir y venir con sigilo y extrañas precauciones. Esto era ya lo bastante para que Cneyo se decidiese á llamar en aquella puerta.

Al ruido de los golpes que dió en ella cesó como por encanto el que ántes se ha



bia percibido desde fuera; pero Cneyo volvió á golpear con más insistencia, y creyó escuchar el sordo rumor de algunas voces que se concertaban por lo bajo. Por último, uno de los que estaban dentro se aproximó á la puerta, y preguntó que quién era el que así llamaba. La voz que hacía aquella pregunta no fué desconocida para Cneyo, y ántes que éste reconcentrase su memoria para reconocer al que había pronunciado aquellas palabras, oyóse otra voz que partía como del atrio gritando:

—Sea quien fuere, no abras la puerta, Eumolpe.

—¡Eumolpe!—gritó á su vez Cneyo al escuchar este nombre.—¡Eumolpe, infame raptor, abre, abre sin demora! ¿Qué has hecho de mi hermana, miserable?

Y Cneyo, sin esperar la respuesta, se puso á dar golpes en la puerta con rabioso é inútil furor, puesto que nadie contestaba á sus gritos é imprecaciones. Cansado de golpear con las manos, había cogido una piedra, y daba tremendos porrazos en la puerta, á cuyo escándalo despertaron todos los vecinos de la calle, que sucesivamente fueron asomando por las ventanas, con lámparas en las manos, para ver lo que ocurría. Cneyo iba ya á impetrar el socorro y la cooperacion de aquellas

buenas gentes, cuando un ciudadano que había salido fuera de su casa, enarbolando un grueso palo, exclamó:

—¿Aun no es bastante que esta Pannychis, esta infame cortesana, nos impida el sueño con el escándalo de sus orgías, sino que todavía algun amante rechazado ó burlado ha de venir á turbar nuestro sosiego poniéndose á golpear en su puerta como un desenfrenado? Ayudadme, ciudadanos, y procuremos reprimir y aleccionar á otros con el ejemplar castigo que imponemos á éste.

El que así había hablado se disponía á ejecutar sus amenazas; pero se sobrecogió de espanto al ver que Cneyo se precipitó sobre él con toda la violencia de su furor, exclamando:

—¿Qué has dicho? ¿Quien vive en esta casa es una cortesana?

Y sin querer oír respuesta alguna, arrancó el palo de las manos de aquel hombre, y se puso á golpear de nuevo en la puerta con frenética rabia.

—¡Chrysis!—exclamaba.—¡Chrysis, hermana mía, mi querida hermana! ¡Chrysis! ¡Chrysis!

La repetición de aquellas sentidas exclamaciones dieron pronto á conocer al vecindario la causa de la desesperacion del jóven.



—Es que viene buscando á una hermana suya—decía uno.

—¡Bah! será sin duda una jóven extrañada que se ha fugado de la casa paterna—añadía una vendedora de telas, bastante fea, de quien nadie había solicitado que dejára de ser virtuosa.

—Tambien puede ser que sea una doncella inocente y pura, seducida y arrastrada á ese lugar por los infames libertinos que frecuentan la casa de Pannychis—decía algun otro.

Cneyo no prestaba atencion á ninguno de aquellos pareceres, ni veía, ni oía, ni entendía. Continuaba sin cesar dando golpes en la puerta con creciente furor, y cuando hubo roto en mil pedazos el baston ó palo que tenía en las manos, se destruía éstas contra aquellas impenetrables maderas, que le cerraban el paso. Poco á poco se vió rodeado de un número considerable de personas, que, interesándose por los lamentos del jóven, se preparaban á prestarle sus auxilios para proteger su entrada en la casa. Algunos fueron á buscar un pesado madero, y ya habían empezado á servirse de él como ariete, profiriendo las más terribles amenazas contra Pannychis y contra todos los que se encontraban dentro de la casa, cuando se detuvieron al oír la voz imperiosa de un

recien venido, que con tono de autoridad se informó de lo que allí ocurría. Aquel nuevo personaje era un decurion de la guardia del Dunnviro, que llegaba seguido de varios soldados. Uno de los ciudadanos allí presentes le explicó que se trataba de un jóven que reclamaba á su hermana, la cual se encontraba dentro de la casa de Pannychis, y reclamó de aquel funcionario que interpusiese su autoridad para hacer abrir la puerta de dicha casa.

—Yo no tengo ese derecho—respondió el decurion;—pero aquí teneis un lictor, en quien el Dunnviro ha delegado el poder y la facultad de hacer abrir y registrar varias casas de la ciudad, para practicar ciertas diligencias: podeis pedirle proteccion.

—Quien quiera que seas—gritó Cneyo—en nombre de la justicia y de la humanidad, yo te imploro que hagas abrir esta puerta, y que se me devuelva la hermana querida que un infame ha secuestrado.

—No puedo detenerme ni perder el tiempo—respondió el lictor—para ocuparme de una jóven prostituida, que sin duda habrá venido aquí por su voluntad.

—¡Lictor!—gritó Cneyo en el colmo de la desesperacion—la jóven que se encuentra dentro de esa casa, no ha venido á ella por su voluntad, ni es una jóven prostitu-



da: es una noble patricia, es la hija de Silano de Roma, la hija de Silia.

— ¡La hija de Silia! — exclamó el lictor deteniendo á los soldados, que ya se alejaban. — ¡La hija de Silia! Si dices la verdad me habrás ahorrado la mitad del camino, porque precisamente tengo la orden de prenderla en casa de su madre, así como á su hermano Cneyo; y si yo no te he entendido mal, tú eres ese Cneyo á quien busco. Soldados, prended á este joven, y derribad esa puerta si no se abre inmediatamente.

Cneyo fué detenido en el acto, y habiendo reclamado el lictor, en nombre del César, la entrada en la casa, franqueóse al punto la puerta de ella. Cneyo quiso penetrar con el lictor; pero éste ordenó á los soldados, que le sujetasen, y entró solo en la morada de Pannychis. El tiempo que aquel delegado de la autoridad permaneció dentro pareció un siglo al desventurado Cneyo, que á cada momento se le figuraba ver salir á su amada hermana, y esta esperanza le hacía tener resignación en medio de todas las angustias y amarguras que experimentaba. Por último, la vió salir de aquella odiosa morada, pero no como él lo esperaba, ó más bien como él lo sospechaba y se lo temía; porque Chrysis no salía, ni con el noble pudor de la ino-

cencia en la frente, ni con el rubor de la infamia en el rostro, sino tendida sobre una camilla, que conducian dos soldados, inmóvil, con los ojos cerrados y cubriendo su fisonomía la palidez de la muerte.

— ¡Muerta! — gritó Cneyo arrojándose sobre la camilla. — ¡Muerta!

— Está solamente desmayada; — dijo el lictor.

— ¿Y á dónde vais á conducirla así?

— Al palacio del Dunnviro, á donde tú también vas á seguirnos.

— Ciudadanos — exclamó Cneyo — esta virgen va á ser destinada á las execrables orgías del infame Neron: ¿será posible que la abandonéis sin librarla de semejante libertinaje? ¡En nombre del santo pudor, en nombre de vuestras hijas y de vuestras hermanas, prestadme vuestros socorros para defenderla!

Todavía no habia concluido de pronunciar aquellas frases, y ya la muchedumbre allí reunida se alejaba por diferentes caminos. El nombre de Neron habia sembrado el terror entre aquellas gentes, y Cneyo los vió á todos huir, evitando cada cual el ser reconocido. El noble joven se llenó de indignación ante tal cobardía, y todavía experimentó el amargo dolor de oír una voz que irónicamente decia cerca de él:

— Pues si vienen á buscar vírgenes para



Neron en la casa de Pannychis la cortesana, nosotros tambien tendríamos que ir á escoger nuestras vestales al templo de la afortunada diosa.

La comitiva se puso en marcha con direccion al palacio de Bibulo, y á medida que se iban aproximando reflexionaba más y más Cneyo en la necesidad de su salvacion y de su venganza. A pesar de su in-experiencia y de su juventud, Cneyo, en-vejecido por el infortunio, ó inspirado por la gravedad misma de las circunstancias, concibió un proyecto atrevidísimo, que tuvo la osadía de ponerlo en ejecucion, porque lo crítico de su situacion no le dió tiempo á considerarlo de imposible éxito.

Pero ántes de ir más adelante en el relato de los sucesos, es necesario referir de la manera que Chrysis fué conducida á casa de la prostituta Pannychis.

## VI.

Ya queda dicho que al salir del circo habian sido seguidos los pasos de Eumolpe, de Cneyo y de Chrysis por Gnaton; pero éste, que no habia tenido bastante osadía para abordar al poeta en la calle, no pudo llevar otra noticia á Pannychis sino la de que aquella jóven cuya virginal belleza

habia encendido sus celos, se hallaba en la casa de Fausto. Esta nueva la hizo montar en cólera, y Pannychis ordenó á Gnaton que volviese inmediatamente á casa de Fausto, que procurase ver á Eumolpe y que obtuviese de éste por medio de amenazas, y si preciso fuese por la fuerza, los detalles que deseaba conocer. Gnaton no tuvo más remedio que obedecer, y al dirigirse nuevamente hácia la casa de Fausto, encontró á Eumolpe cuando éste se alejaba del palacio del Duunviro.

Inútil será hacer el relato de las amenazas y de las artes que empleó Gnaton para arrancar del poeta la revelacion del secreto de Cneyo y Chrysis. Hay ciertos hombres que están siempre á merced de los antecedentes de su vida, y Gnaton conocia más que de sobra los de Eumolpe para poderle obligar á todo.

En el momento de regresar Gnaton al lado de Pannychis con los nombres y demas noticias referentes á los hijos de Silano tenia lugar en casa de la cortesana una de esas escenas comunes á todas las épocas de corrupcion que registra la historia de los pueblos, y que bien pudiera adaptarse á una escena de actualidad, disfrazando los personajes con nombres de romanos, si no estuviese ya más que averiguado que los vicios no son otra cosa si-